

GANADERÍA EN EL DESIERTO: ESTRATEGIAS DE SOBREVIVENCIA ENTRE LOS EJIDATARIOS DE LA COSTA DE HERMOSILLO, SONORA, MÉXICO

Emma Paulina Pérez López
Gloria María Cañez de la Fuente*

INTRODUCCIÓN

La ganadería bovina en Sonora es una actividad que cuenta con una tradición de cuatro siglos y ha sido uno de los ejes del desarrollo económico del estado. Ocupa alrededor de 84% del territorio estatal en una superficie de 15 000 000 de ha, que sostienen un hato ganadero aproximado de 1 500 000 cabezas.¹ La actividad pecuaria se ha especializado en la crianza de ganado para la exportación. A pesar de la caída reciente en la exportación de ganado, en el periodo 2001-2002 se exportaron 198 033 cabezas, mientras que al mercado nacional se destinaron 65 167 cabezas.² Los recursos captados por la producción y comercialización de bovinos ascendieron en ese mismo periodo a un poco más de 2 360 000 pesos, y el volumen de la producción fue de 110 206 toneladas.³

En la producción pecuaria la participación de los ejidos ha sido decisiva. Se estima que más de la mitad de las unidades ganaderas en el estado son de pequeños productores ejidales y que en ellas se controla casi la cuarta parte –22.2%– del hato total de Sonora.⁴ Otras fuentes indican que de un total de 23 250 productores dedicados a la ganadería en Sonora, 60% pertenece al llamado sector social.⁵ Independientemente de las cifras, la relevancia de la gana-

* Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, A. C.

¹ INEGI, *VII Censo*, 1994.

² López Nogales, *V Informe*, 2002, p. 244.

³ *Ibid.*, pp. 244 y 87.

⁴ Estimaciones con base en datos del INEGI, *VII Censo*, 1994.

⁵ Amaya, "Sector", 1996, p. 23.

dería ejidal no se puede entender sin considerarla ante todo como resultado de un proceso de más de medio siglo de esfuerzos de numerosos campesinos ejidatarios que aprovecharon ciertas condiciones históricas para insertarse en esta actividad, gracias a las tierras de agostadero recibidas como resultado del proceso de reforma agraria, y a que se empeñaron en destinar una fracción del fruto de su trabajo al aumento de los hatos ejidales.

Es parte de la historia familiar de numerosos ejidatarios el haber salido por temporadas a trabajar como jornaleros a los Estados Unidos de Norteamérica para enviar dinero a sus familias con el objeto de utilizarlo en la compra de ganado, así como alguna vez haber cuidado ganado ajeno para recibir como pago nuevas crías para la reproducción y crecimiento del hato propio. También los créditos oficiales otorgados hace tres o cuatro décadas a ejidos de la sierra y del litoral fueron una oportunidad para la compra de los vientres que sirvieron de base para el crecimiento del número de cabezas en manos campesinas.

Junto a la tierra y al trabajo, los cambios tecnológicos también influyeron en el fortalecimiento de los campesinos ejidatarios como criadores de ganado. A lo largo de medio siglo fueron abandonando las prácticas productivas asociadas a la ganadería tradicional para incorporarse a la modernización tecnológica que se produjo en el resto de la ganadería sonoreense. Se especializaron como productores de becerros en pie cruzados con razas europeas —principalmente Hereford, Charolais, Angus y Brangus— menores de un año de edad y rendidores en peso. Este tipo de becerros se destinó al abasto de pre-engordas y engordas propiedad de empresarios ganaderos tanto en la región como del otro lado de la frontera. Los cambios tecnológicos se dieron uno tras otro: la introducción de razas europeas en la ganadería sonoreense fue la respuesta al tipo de demanda que exigía el mercado estadounidense; así se provocó el desplazamiento del ganado criollo, producto de cuatro siglos de adaptación a las condiciones áridas de la región; el nuevo ganado provocó otros cambios tanto en el uso de los agostaderos como en el uso de las tierras agrícolas. A los agostaderos se introdujeron áreas cultivadas con praderas de buffel, mientras que de las tierras de siembra se desplazaron los cultivos tradicionales —maíz, frijol y trigo, principalmente— para ser sustituidos por forrajes como cebada, avena, sorgo y *rye grass*; la maquinaria y las semillas mejoradas se fueron abriendo paso frente a las yuntas y a las semillas criollas; el equipamiento de corrales de manejo con trampas, baños, balanzas y cercos se generalizó y fue común la apertura de pozos y el mejoramiento de abrevaderos y represas. Igualmente, los cuidados tradicionales del ganado a base de ajo, chile y plantas regionales desaparecieron para dar paso al uso de vacunas, nuevas medidas sanitarias y nuevas prácticas de atención médico-veterinaria. Los cambios se dieron en el contexto de una revolución tecnológica en los procesos de producción y comercialización de bovinos impulsada desde mediados del siglo XX por los Estados Unidos de Norteamérica: la ganadería pastoril se modifi-

có con la creación de engordas industriales o de corral, éstas alteraron el ciclo cría-engorda debido a los avances en la productividad de los cereales que se convirtieron en insumos esenciales de las nuevas formas productivas pecuarias.

Ahora bien, no todos los ejidos ganaderos en Sonora han tenido las mismas oportunidades para lograr cierto éxito con la producción pecuaria. Si bien criar ganado es con mucho la fase más riesgosa y menos redituable del proceso productivo en su conjunto, y eso atañe a todos los ejidos, al menos quienes han contado con pastos naturales, una pequeña parcela agrícola de buen temporal o riego —que en promedio no exceden las cinco hectáreas—, cercanía a los mercados internacionales, disponibilidad de trabajo familiar y pequeñas inversiones iniciales para formar un hato propio, han logrado cubrir una parte importante del sustento familiar dedicándose a la actividad pecuaria, a pesar de que sus hatos por lo general no son mayores de 20 vientres productivos. Sin embargo, para muchos ejidatarios la cría de ganado se ha mantenido como una actividad sumada a gran diversidad de trabajos alternativos que van desde jornaleros agrícolas, vaqueros, gambusinos, hasta trabajadores urbanos eventuales en la construcción, el comercio y los servicios.

Un ejemplo abrumador del empeño de algunos ejidos por mantenerse en la actividad pecuaria es el de un grupo de casi 30 ejidos ubicados al poniente de la ciudad de Hermosillo, en la llanura desértica de la zona costera del estado. Constituidos en su mayoría en el último tercio del siglo XX, en los años setenta, ochenta y noventa, hoy luchan por formar un patrimonio ganadero a pesar de que las condiciones históricas han dado un vuelco, y enfrentan obstáculos insuperables en el corto plazo por el deterioro ecológico de sus tierras, la falta de agua y la ausencia de apoyos gubernamentales. Estos ejidos tienen bajo su control alrededor de 86 000 ha clasificadas como agostaderos y montes, en una región donde la precipitación media anual no supera los 50 mm³, las temperaturas rebasan los 40°C en el verano, y sufren desde 1994 los rigores de una sequía extrema. A pesar de ello, los ejidatarios han creado estrategias para hacer viable la producción ganadera con el fin de tener un patrimonio que asegure el sustento familiar.

Un repaso de la situación de los ejidos ganaderos en la costa de Hermosillo, de las condiciones históricas en las que fueron constituidos, de sus dificultades y estrategias para echar adelante la producción pecuaria, nos podrá ayudar a reconsiderar el significado que tiene para estos campesinos del norte de México la ganadería bovina, porque a diferencia de lo que sucede en otras regiones del país donde la actividad pecuaria es una actividad exclusiva de los empresarios, la cría de becerros en Sonora es una de las actividades que sustenta a numerosos ejidatarios y parte de un proyecto campesino en el que ponen cotidianamente su trabajo, con el fin de garantizar el futuro de sus descendientes en el medio rural. Ello no significa que esta actividad sea la única que desarrollan, sino que

a pesar de ser una de la gran diversidad de trabajos que les permiten sobrevivir, es la que los ejidatarios consideran les puede dar autonomía.

EL ORIGEN DE LOS EJIDOS COSTEROS

Es bien conocido en la historia de la agricultura mexicana contemporánea, que las costas y litorales de Sonora fueron el asiento de un gran proyecto de modernización agrícola impulsado por el Estado entre 1940 y 1970. Este proyecto hizo de Sonora un emporio triguero y algodonnero, sostenido a lo largo de tres décadas por fuertes inversiones públicas, destinadas a la construcción de grandes obras de irrigación, carreteras, caminos, electrificación e investigación científica para intensificar el uso de las tierras y aumentar los rendimientos por hectárea.

Sin embargo, también es conocido el alto costo económico y social que este proyecto modernizador provocó, porque permitió una gran concentración de los recursos productivos en una minoría terrateniente que se benefició por décadas de la producción agrícola, sin que fuera posible orientar los recursos que se generaron en beneficio del resto de la sociedad. En el caso de la costa de Hermosillo, el proyecto modernizador empezó hacia fines de los años cuarenta. En 1947 se inició un proceso acelerado de compra de tierras a partir de la perforación de centenares de pozos profundos para la irrigación de nuevas tierras agrícolas, con apoyo de recursos públicos. Estas obras aumentaron la cantidad de tierras cultivables en el litoral de 2 000 a 60 000 ha en sólo cinco años, y provocaron una importante inmigración a la región.⁶

La creciente perforación de pozos y el aumento de la cantidad de agua que se bombeaba de cada uno de ellos se convirtió, entre los terratenientes de la costa, en el mecanismo que les garantizó por años el incremento de sus ganancias. En los años sesenta, una alarmante baja en el nivel freático del litoral obligó a tomar medidas como el establecimiento de medidores en los pozos. Sin embargo, en los años setenta, un comité que evaluó la problemática que enfrentaban todos los distritos de riego por bombeo de Sonora hizo notar que las escasas previsiones y la irracionalidad en el manejo de un recurso comunitario como lo era el agua, y a cuyas expensas se había creado el prestigio de la eficiencia agrícola del noroeste, empezaban a reclamar el pago de tan altos costos sociales soslayados durante más de 20 años. El comité previó, además, el inicio de la decadencia productiva en los distritos de riego, pues apuntaba cómo detrás de la aparente prosperidad de la agricultura moderna se escondían los números rojos de las carteras vencidas, el desempleo, la clausura o fuga de empresas agroindustriales y de servicios, la descapitalización ge-

⁶ Hewitt, *Modernización*, 1978, p. 126.

neral de la región y el peligro de muerte definitiva de los mantos de agua subterráneos ante el avance impostergable de la contaminación salina.⁷

En ese contexto, cuando ya había un reconocimiento público de la crisis ecológica y económica que estaban enfrentando los distritos de riego, se inició el reparto de la mayor parte de las tierras ejidales en la costa de Hermosillo, parte de las cuales pertenecían al distrito de riego núm. 51. Algunos ejidos se empezaron a formar justamente en la tierra que era abandonada por los propietarios debido a problemas de salinización, baja en los niveles de agua y/o problemas económicos de carteras vencidas impagables. También recibieron tierra que fue expropiada por el gobierno y que había sido utilizada para la siembra de cultivos ilegales, y, finalmente, otro tipo de tierra entregada a los ejidos fue la que, sin haber sido previamente agrícola, rodeaba al distrito de riego y había permanecido desde siempre como superficie desértica, arenosa y, como dicen los ejidatarios, difícil de considerar como agostadero.

Los “beneficiarios” que han constituido estos ejidos ascienden a casi 2 000, y son migrantes que llegaron tanto de los pueblos de la sierra de Sonora como de otros estados del norte, centro y sur del país. En muchos casos han trabajado como jornaleros agrícolas durante décadas, apoyando el trabajo de las empresas agrícolas de la región. Algunos han permanecido en la costa por 30 o 40 años, hoy tienen hijos y nietos nacidos en Sonora y, por ello, se empeñan en dejar en estas tierras un patrimonio para sus descendientes.

Durante los años treinta únicamente se formaron cuatro ejidos; fueron los “pioneros”, y quedaron dotados de un total de 2 056 ha agrícolas y 6 967 ha de agostadero para la ganadería. Estos ejidos son El Triunfo, La Habana, San Luis y La Yesca; su mérito histórico fue conseguir la entrega de una parte de la tierra costera como propiedad social, ya que años después se fomentaría la privatización de la región como sustento al gran proyecto de irrigación agrícola. No fue hasta 30 años después que se reinició la entrega de tierras ejidales, una vez evidenciados los problemas ecológicos y económicos que enfrentaba el distrito de riego. En esta nueva etapa, los dos primeros ejidos dotados fueron el Coronel J. Cruz Gálvez, que en 1964 recibió 12 000 ha de agostadero, y el Benito Juárez, dotado en 1969 con 5 000 ha, también de agostadero.

Ya en la década de los setenta fueron siete más los ejidos dotados, de los cuáles sólo uno, llamado La Peaña, recibió 759.75 ha para la agricultura. El resto únicamente recibió tierras de agostadero y entre todos –incluyendo también a La Peaña– fueron dotados de 19 732.72 ha para la ganadería. Estos ejidos son San Juan y El Pinito, 4 de Octubre, Nuevo Suaqui, Viva México, Playa Colorada, Salvador Alvarado y la misma Peaña.

En los años ochenta se formaron diez ejidos más con 29 733.24 ha, de las cuales sólo 400 fueron de riego. Los ejidos dotados fueron Hermanos Serdán,

⁷ Moreno, “Uso”, 1994, p. 239.

Suaqui de la Candelaria, Alejandro Carrillo Marcor, El Cardonal y Tres Pueblos, Vicente Guerrero, 23 de Octubre, Francisco Arispuro, Los Apaches, Manuel Ávila Camacho, Yaquis Desterrados y Puerto Arturo. Las tierras agrícolas de riego fueron entregadas únicamente al ejido Yaquis Desterrados en calidad de tierras de siembra “susceptibles de riego con bombeo”.

Por último, en la década de los noventa se entregaron tierras a cinco ejidos más: Narciso Mendoza, El Guayparín y San Carlos, Crucero Calle 12 y 0, Los Pocitos y San Juanico. En total se les entregaron 11 826.84 ha, de las cuales únicamente el ejido El Guayparín y San Carlos recibieron tierras susceptibles de cultivo por una extensión total de 600 ha. El resto, es decir un poco más de 11 000 ha, fueron agostaderos.

Con base en los datos anteriores, vemos que de las 86 663.7 ha con que cuentan los ejidos costeros, 95% son tierras de agostadero. Ello ha implicado no sólo fuertes limitaciones para el desarrollo de una agricultura ejidal, sino, además, obstáculos para emprender actividades alternativas como la cría de becerros, ya que los montes son tierras áridas, con escasas lluvias, que tienen dificultades año tras año para la renovación de los pastos naturales y de la vegetación en general, y por lo mismo sólo pueden sostener la alimentación del ganado por periodos cortos, que a veces no llegan a alcanzar ni seis meses cada ciclo anual.

LA GANADERÍA EJIDAL: UNA SUMA DE ESTRATEGIAS FAMILIARES PARA LA SUPERVIVENCIA

A pesar de la precariedad de los recursos dotados, la mayoría de los ejidatarios de la costa de Hermosillo ha decidido echar a andar una economía con base en la actividad ganadera. Esto es así, simplemente porque sin agua para los cultivos difícilmente podían haberse propuesto un proyecto agrícola en medio del desierto. El problema del agua lo tiene la mayoría de los ejidos, porque no disponen de pozos con la capacidad suficiente para atender terrenos de cultivo, o bien se les ha negado el derecho de uso del agua de algunos pozos que anteriormente fueron explotados por propietarios privados, de tal forma que en muchos de ellos sólo disponen de agua para uso doméstico y para los abrevaderos del ganado. Aun así pasan temporadas en que carecen de agua para consumo humano y animal, y tienen que acarrearla de las propiedades agrícolas vecinas que normalmente cuentan con ella. En ciertos casos, los antiguos propietarios de terrenos, hoy ejidales, vendieron a otros agricultores privados sus derechos sobre el agua, de tal forma que a los ejidos no les tocó disponer del preciado líquido. La mayoría de los ejidos costeros, sin embargo, han estado luchando por criar becerros en las tierras que se les entregaron, ya fueran antes terrenos de cultivo o bien agostaderos áridos en los que algunos

alcanzaron a tener apoyo gubernamental para la implantación de praderas de zacate buffel.

Para formar los primeros hatos en los ejidos costeros se desarrollaron estrategias similares a las que emprendieron desde hace más de medio siglo los ejidos de la sierra. Algunos invirtieron sus propios recursos en la compra de ganado, conseguidos por medio de trabajos asalariados dentro y fuera de la región e incluso al otro lado de la frontera. Otros, los menos, alcanzaron a recibir créditos gubernamentales para la compra de las primeras cabezas y de ahí iniciaron la reproducción y crecimientos numérico de sus hatos. En un caso, vendieron parte de su tierra de agostadero a particulares, y con el pago invirtieron en compra de ganado, de tal forma que al menos cada familia del ejido se hizo de un hato de 20 cabezas. También, como siempre, fueron comunes los casos de ejidatarios que cuidando ganado ajeno se hicieron de las primeras becerras que recibieron como pago a su trabajo. Es difícil saber, sin embargo, cuántas cabezas de ganado son propiedad de estos ejidos ganaderos, ya que no ha habido regularidad en los censos oficiales, y además, las mismas condiciones áridas del agostadero han obligado a los campesinos ejidatarios a movilizar su ganado hacia otras tierras para sostenerlo parte del año fuera de los ejidos, de tal forma que su cuantificación no ha sido posible.

Al igual que en los ejidos de la sierra, los de la costa han tratado de criar becerros menores de un año, que venden a intermediarios para abastecer a quienes cuentan con recursos para preengordarlos y posteriormente exportarlos. Por lo mismo, desde que se hicieron de los primeros animales han tratado de cruzarlos con razas europeas productoras de carne. Sin embargo, a diferencia de los ejidatarios de la sierra, que a lo largo de varias décadas han ido cruzando su ganado criollo con razas como la Hereford “cara blanca” y el Angus traído de Chihuahua, los ejidatarios de la costa de Hermosillo han hecho sus cruzas con ganado Charolais, Brangus y algunas razas lecheras como Holstein y Pardo suizo. Tanto en la sierra como en la costa, el ganado de los ejidatarios no se ha librado de la cruce con cebú, raza que si bien no tiene buena cotización cuando de exportar se trata, ayuda a los animales a ser resistentes a la sequía y aguantadores cuando falta el alimento. En cuanto a las cruzas con ganado lechero, éstas se han hecho en varios ejidos, aunque sólo uno de la costa de Hermosillo ha logrado especializarse en la producción de leche y queso para abastecer a la ciudad capital. Los demás ordeñan y hacen quesos en ciertas temporadas, cuando consideran que no castigarán el crecimiento del becerro, pues siempre tratan de que llegue al mejor peso posible al momento de la venta. La sequía, sin embargo, ha obligado a disminuir la ordeña y la elaboración de quesos, porque, como dicen los ejidatarios, “si las vacas no comen, no producen”. Algunos incluso se han visto obligados a vender becerros muy jóvenes—de sólo seis a ocho meses de edad— que con trabajo rebasan los 100 kg de peso, cuando un becerro de nueve meses en los ejidos de la sierra alcanza un

peso de 150 a 160 kg al momento de venderlo. Cuando es mucha la necesidad de la venta, los ejidatarios difícilmente están en posibilidad de imponer sus condiciones al momento de comercializar su ganado, así que es frecuente que en los ejidos de la costa todavía se acostumbre vender “a bulto” el animal, es decir, sin pesarlo, práctica que ya era común en la sierra hace más de 50 años. Un ejidatario ganadero del desierto sonorense puede vender su ganado “a bulto”, según “como el comprador lo vea”, sin pasar por la balanza. En 1996 un ejidatario podía recibir por cada becerro vendido entre 1 000 y 1 200 pesos; si se pesaba se vendía a 7.50 pesos el kilo. En 1997 algunos vendieron a 12.50 pesos el kilo animales de 120, 130 o 140 kilogramos.

Independientemente del tipo de ganado que haya logrado cada ejido, de la calidad de sus agostaderos y de sus tierras de siembra, criar animales en el desierto ha sido una lucha cotidiana para los campesinos ejidatarios y ha requerido de una gran creatividad para generar estrategias familiares, entre compañeros incluso con propietarios ajenos al ejido, que les permitan mantener a sus animales. Esta lucha se ha hecho aún más difícil desde 1994, año en que inició en la región una prolongada sequía que ya ha durado nueve años y no parece tener término. Con precipitaciones regulares, aunque siempre han sido escasas, el ganado puede alimentarse una parte del año de pastos naturales y del rebrote del pasto buffel si alguna vez se sembró, pero es cada vez más frecuente que cuando el ganado anda en el monte su alimento provenga de las plantas del desierto, como las “péchitas” o ejotes del mezquite, las flores y hojas del palo verde y el palo fierro, los frutos del sahuaro y otras plantas como el chamizo y la tésota.

La fragilidad de los agostaderos ejidales para dar sustento al ganado ha obligado a los ejidatarios a tener una estrecha dependencia de alimentos comprados, pastos naturales –diferentes a los del agostadero– y rezagas de cultivos de hortalizas y frutas. Tanto los pastos que nacen en las áreas húmedas por donde corren los canales de riego, como las rezagas o sobrantes de las siembras, se encuentran en las propiedades irrigadas de los empresarios agrícolas; los ejidatarios, por lo tanto, hacen acuerdos con los agricultores para poder introducir su ganado a los campos agrícolas al término de las cosechas, de tal forma que los animales se puedan alimentar de las rezagas de melón, calabaza o cualquier otra hortaliza, de tazoles de maíz, paja de garbanzo y paja de trigo. Igualmente acarrear “chinita” o “correvuela”, que son pastos que brotan a los lados de los canales de riego gracias a la continua humedad, y han mostrado ser buenos para el ganado. Estos pastos tienen que ser cortados y acarreados hasta donde estén los animales.

Algunos ejidatarios se han atrevido a sembrar pequeños pedazos de maíz forrajero cuando ven algunas nubes, pero quienes buscan rendimientos de una siembra de temporal en el desierto, esperan más bien un milagro, porque ya no corren como hace 60 años las avenidas de agua del río Sonora; su paso se

interrumpió al construir la presa Abelardo L. Rodríguez a fines de los años cuarenta. En los pocos ejidos que cuentan con tierras de riego y aún son sembradas por los ejidatarios –porque en años recientes esas tierras se han rentado a particulares– también se ha experimentado con sorgo, cebada y *rye grass*, todos cultivos forrajeros destinados a sostener al ganado.

La compra de pacas de alfalfa o de tazol de maíz es también otra salida para alimentar a los animales cuando no se cuenta con ninguna otra alternativa, aunque resulta costosa. En algunos casos, la adquisición de pastura se hace gracias al dinero que envían los familiares que trabajan como braceros más allá de la frontera. También es común que cuando el ganado está sufriendo hambre, los ejidatarios vendan algunas cabezas para conseguir dinero en efectivo con el cual comprar pacas y así alimentar al resto del hato, es decir, se venden unos animales para sostener a los que quedaron. Estas decisiones son difíciles de tomar, pero los ejidatarios saben que de no hacerlas podrían morir los animales y perder todo el hato, que puede ser producto del trabajo familiar de dos o tres décadas. Lo cierto es que dejar a los animales pastoreando libremente en los agostaderos de las llanuras costeras de Hermosillo no es posible, porque, como dicen los campesinos, “los terrenos son raquícos”, “no tienen pastos”, “están pelones” y en ellos “el ganado solito no se logra”.

Una alternativa más para apoyar al ganado en estas tierras desérticas es sacarlo de las llanuras y llevarlo hacia tierras menos áridas, rumbo a la sierra. Para algunos ejidatarios, esto es posible por medio de acuerdos con familiares que viven en otros poblados y les prestan sus terrenos durante el estío. Quienes pueden movilizar su ganado, lo llevan fuera del ejido durante el invierno y planean regresarlo hasta el verano, si es que llueve. De cualquier forma, la escasez de pastos naturales y de praderas sembradas en el interior de los ejidos ha hecho que en algunos casos los ejidatarios reglamenten el uso del monte, permitiendo a cada familia un número acordado de cabezas de ganado para que los beneficios sean equitativos.

En los ejidos de la costa de Hermosillo, desde los años ochenta ha habido una fuerte migración de las familias hacia la capital en busca de mejores condiciones de vida para los hijos. Al menos en la ciudad, dicen, pueden tener mejores servicios de luz y agua, y sus hijos cuentan con la oportunidad de continuar sus estudios a nivel secundaria y preparatoria o, en el mejor de los casos, a nivel universitario. Actualmente, menos de la mitad de estos ejidos cuenta con escuelas primarias.

Por otra parte, es muy común que los ejidatarios, dada la cercanía con la ciudad, busquen en ella trabajos asalariados para completar los ingresos que obtienen de la actividad agropecuaria, y prefieren llevarse a la familia que tenerla en el ejido. Por eso varios ejidos han quedado sin poblado, aunque se mantiene en las tierras ejidales la crianza de ganado y la presencia de uno o varios responsables, que cuidan a los animales por acuerdo con los compañeros.

Esto ha dado pie a reforzar aún más las estrategias de solidaridad, ayuda mutua y corresponsabilidad entre los ejidatarios para el cuidado común de su patrimonio familiar: ganado y tierra.

Hoy, ya iniciado el siglo XXI, estos ejidatarios han decidido reforzar sus estrategias de sobrevivencia, más allá de la disponibilidad del trabajo de la propia familia, mediante acuerdos de apoyo y ayuda mutua con otros compañeros e incluso con ganaderos privados. Por eso, es común que en los últimos años nuevamente proliferen acuerdos como el “préstamo” de ganado, la “mediería” y la “terciería”, “la venta de panzas” o la ayuda mutua. Así por ejemplo, un ejidatario puede “prestar” a otro su hato completo o una parte del mismo, para que se lo cuide por una temporada, mientras dicho ejidatario desempeña un trabajo temporal en la ciudad y no tiene tiempo de atender su ganado. Quien entrega en préstamo su hato sabe que tendrá asegurado su cuidado, y quien lo recibe en préstamo; tiene la obligación de atenderlo y se le permite ordeñarlo con el fin de obtener ingresos extras por la venta de la leche y el queso; también puede disponer de parte de estos subproductos para consumo doméstico. Cuando se termina el trato, el ejidatario propietario del ganado puede regalar a quien se lo cuidó un becerro; es una manera de agradecimiento y retribución por el trabajo realizado, aunque este pago no haya sido acordado en el trato inicial. El préstamo de ganado entre amigos y familiares es una estrategia para mantener los hatos, mantenerse como productores o al menos asegurar un ahorro que sirva como respaldo económico en caso de una necesidad imprevista.

La “venta de panzas” es otra forma de ayuda entre los ejidatarios. Este trato se da cuando un ejidatario que cuenta con una o varias vacas preñadas acuerda con otro venderle por adelantado las crías que están por nacer, es decir, lo que en realidad está vendiendo es “la panza” de la o las vacas que vayan a parir. Ahora bien, en este trato, vendedor y comprador quedan beneficiados: el que vende animales antes de que nazcan puede disponer de dinero en efectivo si tiene alguna urgencia, ahorrándose el tiempo que requiere la espera de la parición, cría y destete para poder vender. Por otra parte, quien compra crías por nacer puede asegurar que tendrá nuevas cabezas con las cuales aumentará su hato. Esto es particularmente importante para aquellos ejidatarios que quieren reponer cabezas que en otro momento tuvieron que vender por no poder comprarles alimento; es el caso de muchos ejidatarios que sólo han podido sortear la sequía de los últimos años vendiendo parte de sus hatos. También se reduce el hato cuando hay que cubrir necesidades económicas familiares: un pequeño ganadero puede quedarse sin ganado cuando algún familiar padece de una enfermedad grave y prolongada. En uno o dos años puede perder todos sus animales, producto de dos o tres décadas de trabajo.

Los acuerdos de “mediería” y “terciería” son otros mecanismos vigentes que permiten a los ejidatarios reponer su ganado cuando vendieron una parte,

o iniciar un hato. Los tratos de mediería y terciaría pueden hacerse entre familiares, ejidatarios del mismo ejido o de otro, o incluso con ganaderos privados. En la mediería es común que un productor ponga el ganado y el otro su trabajo y su tierra. El que tiene tierra y trabajo se encarga de cuidar al ganado, atenderlo en las pariciones, ordeñarlo y cubrir con sus propios recursos la alimentación de los animales. Al llegar el momento de las pariciones la mitad de las crías recién nacidas será para el propietario del ganado y la otra mitad para quien lo atendió. Las crías recibidas son el pago al trabajo. En ocasiones este tipo de acuerdos ayuda también a hacer cruza de ganado para conseguir ejemplares de más alto rendimiento en peso y mejores precios al momento de la venta.

En el caso de la “terciaría” también hay dos partes: quien pone el ganado, la tierra y/o los alimentos, y quien pone sólo el trabajo y a veces la tierra. Al momento de las pariciones, quien cuida el ganado se queda con una cría de cada tres que nacen. Si existe un acuerdo con el propietario del ganado, mientras dura el trato el cuidador también puede ordeñar a las vacas y disponer de la leche para su venta e incluso elaborar quesos para beneficiarse con su comercialización. A diferencia de la “mediería”, cuando el acuerdo es “a la tercia” se considera justo que el pago en especie sea menor, porque el cuidador del ganado sólo pone el trabajo y a veces la tierra, pero por lo general no invierte en alimentos para el ganado. Hay por ejemplo casos de tratos “a la tercia” en los que los animales se sostienen en tierras ajenas al propietario y al cuidador.

Los ejidatarios no siempre han tenido buenos resultados con estos acuerdos. Cuando ellos han sido los dueños del ganado y aceptan que sus animales salgan del ejido a tierras lejanas para ser sostenidos y cuidados por otros, no siempre han podido supervisar el trabajo que se está realizando. Les ha sucedido que quienes cuidan el ganado se quedan con más crías de las acordadas, sin respetar el trato; sin embargo, a veces estos acuerdos han sido la única salida para evitar vender el ganado y quedarse sin nada. Incluso algunos han recurrido a llevar su ganado a corrales que se encuentran en poblados fuera de la región con dueños de corrales que les ofrecen alimentar con pastura a los animales, por un pago que hasta hace unos años (1997) era de dos pesos diarios por cabeza. Un acuerdo así se puede hacer por uno o dos meses, sólo para que el animal no pierda peso, y cuando llegue el momento de la venta no baje mucho de precio.

Cuando los acuerdos hasta aquí mencionados se hacen entre ejidatarios o parientes tienen como sustento la reciprocidad y la ayuda mutua, es decir, se trata entonces de una relación entre iguales. Sin embargo, si los ejidatarios ganaderos utilizan estas estrategias para hacer acuerdos con empresarios ganaderos, la situación varía mucho. Si el empresario es quien pone el ganado para que se lo cuiden dentro de un ejido, en realidad está reduciendo sus costos de

producción, beneficiándose de los agostaderos ejidales, del agua, y del trabajo de los ejidatarios, a quienes no les paga salarios. Sin embargo, los ejidatarios en muchas ocasiones se ven ante la necesidad de cuidar el ganado de algún propietario dentro del ejido, no sólo por las crías que recibirán al llegar las pariciones, sino porque les parece importante mantener la relación con un “patrón” que en otro momento pudiera darles trabajo.

Además de la mediería, la terciaría y la venta de panzas, en los últimos años los ejidatarios han creado nuevas estrategias de ayuda mutua y solidaria para enfrentarse a la sequía. Uno de ellas ha sido ponerse de acuerdo entre varios campesinos ejidatarios para sacar al ganado de los agostaderos ejidales y llevárselo rumbo a la sierra, a poblados como Mátape, Rayón, Pesqueira, Carbó y Mesa del Seri, y también a orillas de la presa Abelardo L. Rodríguez en la ciudad de Hermosillo. En aquellos lugares rentan potreros y parcelas y se dividen los gastos en partes iguales. Algunos no han podido entrar a estos acuerdos debido a que no tienen con qué pagar el gasto de transporte de los animales ni el costo del potrero. En Rayón y Pesqueira, en noviembre de 1977, unos ejidatarios de la costa de Hermosillo rentaron potreros para alimentar a sus animales por un costo de dos pesos mensuales por cabeza. Este ganado se mantuvo de noviembre a abril gracias a estos potreros. En cuanto al transporte, “una trocada” puede costar hasta 3 000 pesos, que es el viaje de un solo carro con el ganado de varios ejidatarios hasta el poblado donde se haya rentado el potrero.

También ha habido quienes corren con la suerte de tener parientes fuera de la región, en poblados donde les pueden rentar potreros a precios muy bajos o dárselos en préstamo sin urgirlos por que den un pago. Ya encontrarán la forma de agradecer el favor sin dinero de por medio. De todos modos quedan en mucha ventaja frente a los que tienen que comprar alimentos; en los últimos cinco años, por la misma escasez de alimentos provocada por la sequía, se ha duplicado el precio de las pacas compradas, como son las de tazol de maíz, sorgo, frijol y garbanzo. Incluso, algunos ejidatarios de la costa han tenido que recurrir a la recolección de zacate de los lotes baldíos de la ciudad y el que crece a las orillas de caminos y carreteras cercanos, donde recolectan la semilla del zacate buffel.

Además de la lucha por mantener vivo al ganado, en los últimos años también se ha mantenido y reforzado el trabajo entre todos los ejidatarios para conservar en buen estado la infraestructura con que cuenta cada ejido, independientemente de que se viva en él o no. Con trabajo impago, puesto por cada ejidatario, se conservan pilas, potreros, cercos, bordos y represas, para beneficio de todos.

LA DIVERSIFICACIÓN DE ESTRATEGIAS FAMILIARES:
MÁS ALLÁ DE LA CRÍA DE BECERROS

Junto a la lucha cotidiana que los campesinos ejidatarios de la costa de Hermosillo han librado por la cría de ganado, hoy como ayer su sobrevivencia ha dependido de una importante diversificación del trabajo familiar, invertido en una variada gama de actividades que son las que en conjunto les permiten realmente la sobrevivencia. En primer lugar, ha sido esencial para los ejidatarios mantener su relación de trabajo con los propietarios de campos agrícolas irrigados en la región. El trabajo asalariado, sin embargo, ha sido una opción para los jóvenes –hombres y mujeres– que tienen la fuerza física para trabajar de sol a sol en los cultivos de vid y hortalizas, así como en las huertas frutales de los patrones. Ellos, en el verano de 1999, obtuvieron un jornal que oscilaba entre los 60 y los 80 pesos diarios. La paga varía según la edad y el sexo; los mejores jornales están reservados para los hombres jóvenes que saben manejar la maquinaria agrícola.

No obstante, para la generación mayor, la de los jornaleros que eran jóvenes en los años cincuenta, la única posibilidad de lograr autonomía ha sido mediante la cría de ganado. Por eso actualmente, al igual que hace medio siglo, los ejidatarios están haciendo viable la ganadería en sus ejidos utilizando viejas estrategias que, como vimos, van desde el cuidado de ganado de particulares, por el cual no reciben un salario pero sí pago en especie, hasta la salida de los hijos como braceros a Estados Unidos, con la esperanza de que envíen algunos dólares para destinarlos a la compra y alimentación de los animales propios. Las hijas, mientras tanto, son las que en muchos de los casos sostienen el gasto cotidiano de la casa, al contratarse como jornaleras agrícolas igual que lo fueron sus padres, que hoy, ya enfermos y pensionados, tratan de sostenerse como ejidatarios ganaderos. Este papel central que hoy desempeñan en las familias las mujeres jóvenes como proveedoras de dinero en efectivo para la compra de los bienes básicos de consumo, ha desplazado algunas de sus tareas dentro de la casa hacia otros miembros de la familia. Por ejemplo, es común que el cuidado de los niños quede en manos de los abuelos mientras la madre sale a trabajar.

Además del trabajo asalariado, en los ejidos con las tierras más precarias, no pocas familias han tenido que vivir de la explotación de los recursos naturales del agostadero. Tal ha sido el caso de quienes trabajan haciendo leña y carbón de los árboles de mezquite. El oficio de leñero se repite a lo largo de la historia de la región como uno de los únicos que garantizó la comida a las familias campesinas durante los tiempos difíciles. Igualmente, aunque con mayores exigencias de trabajo, ha sido la elaboración de carbón. Los ejidos donde se intensificó la producción de carbón son los que han tenido menos posibilidades de sostener un hato ganadero por la extrema aridez de los montes. Por

eso, es absurdo discutir si la ganadería en pequeño, el corte de leña y la elaboración de carbón deben parar a favor de una recuperación de los montes, si estas actividades han sido esenciales, junto al trabajo asalariado, para la sobrevivencia de los campesinos ejidatarios. Al menos habría que hacer referencia a que muchas de estas tierras antes de ser ejidales fueron utilizadas por otros grupos sociales, como ciertos empresarios agrícolas que utilizaron irracionalmente sus recursos durante varias décadas, especialmente el agua, sin que a sus ganancias les hubiera sido descontado el costo del deterioro ambiental y de la salinización de las tierras.

Junto al ganado, el jornal, la leña y el carbón, algunos ejidatarios han experimentado además con la cría de chivas, borregos peligüey, puercos y gallinas. Pero, a excepción de las chivas, que son las más aguantadoras aunque también las que más se acaban el monte, los mismos ejidatarios han empezado a venderlos por lo escaso del alimento y los altos costos que supone mantener a los animales con alimentos comprados.

Por último, la diversificación del trabajo familiar, sobre todo en los últimos 20 años, ha incluido cada vez con más fuerza la ocupación fuera de los ejidos y fuera de la región, tanto en la ciudad de Hermosillo como fuera del país. Sería difícil mencionar la gran gama de trabajos en que se ocupan los ejidatarios y sus familias, aunque se repite con más frecuencia el trabajo como albañiles, plomeros, herreros, jardineros, trabajadores de las maquilas (sobre todo los y las jóvenes), comerciantes y braceros. También es común que las mujeres en la ciudad realicen trabajos eventuales para ayudarse, como coser y lavar ropa ajena, hacer empanadas y tortillas y vender todo tipo de manualidades o incorporarse a empresas que utilizan vendedoras de gran variedad de productos.

Lo cierto es que hoy hablar de ejidatarios ganaderos es hablar de familias campesinas complejas, que para mantenerse en la actividad pecuaria, han echado a andar numerosos mecanismos de solidaridad, invertido trabajo y sumado esfuerzos, desempeñando gran variedad de actividades, que si bien no siempre están directamente relacionadas con la ganadería, son parte de un proyecto campesino que pretende garantizar un patrimonio familiar para asegurar una vida digna a sus descendientes, siempre con la esperanza de que en el futuro tengan mejores oportunidades de las que enfrentaron sus antecesores. Estas familias, como lo han hecho siempre, tendrán que valerse del trabajo familiar, de diversidad de relaciones con sus iguales y con otros grupos sociales, pero también, como dicen algunos líderes ejidales, de la movilización política.

BIBLIOGRAFÍA

- AMAYA, J., "El sector agropecuario y forestal de Sonora" en C. Martínez (comp.), *La nueva ley agraria y el campo en Sonora*, Sonora, México, El Colegio de Sonora, 1996.
- CAÑEZ DE LA FUENTE, G., "Procesos, actores y cambios en la vida social y productiva de la población del ejido Cruz Gálvez, Costa de Hermosillo, Sonora. (1964-1998)", tesis de maestría en Desarrollo Rural, México, UAM-Xochimilco, 2001.
- HEWITT DE ALCÁNTARA, C., *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970*, México, Siglo XXI, 1978.
- INEGI, *VII Censo agrícola y ganadero*, México, Gobierno del Estado de Sonora, 1994.
- LÓPEZ NOGALES, A., *V Informe de gobierno*, México, Gobierno del Estado de Sonora, octubre de 2002.
- MORENO, J. L., "El uso de agua en un distrito agrícola de riego por bombeo: el caso de la costa de Hermosillo, Sonora, México" en S. Doode y E. P. Pérez (comps.), *Sociedad, economía y cultura alimentaria*, México, Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, A. C., 1994.
- PÉREZ LÓPEZ, E. P., *Ganadería y campesinado en Sonora. Los poquiteros de la sierra norte*, México, CONACULTA/SEP, 1993 (Colección Regiones).



Tomado de *Miscelánea. La república mexicana-Tamaulipas*, México, Librería de la Viuda de C. Bouret, 1910, p. 57.